

este aprieto y peligro, invocó el favor y ayuda de nuestro Padre San Francisco Javier, con que se halló libre milagrosamente y con su intercesión fué Nuestro Señor servido que el temblor cesase. Y por este célebre caso, la Provincia de Chile quedó tan devota del Santo, que lo tomó por patrón contra los temblores. A su imitación, pues, la ciudad de Guatemala, infestada de semejantes peligros y queriéndose valer en ellos del favor del mismo Santo, le eligió por su patrón en compañía de San Dionisio Areopagita, que lo era antes, y la ciudad en forma de ciudad, celebra la fiesta de San Francisco Javier en nuestra Iglesia, concurriendo la Real Audiencia con su Presidente, y el día de esta fiesta es de guarda desde el año de 1648, y todo esto ayuda para que la devoción con los santos Sacramentos sea más frecuente en esta Iglesia.

La devoción también de nuestro glorioso Patriarca San Ignacio es muy célebre en la ciudad de Guatemala. Su día, es día de fiesta de obligación y se han experimentado singulares favores suyos, especialmente en peligrosos partos, y por ser tantas las maravillas que en este género Dios ha obrado y cada día se experimentan por los merecimientos de su Santo y las que quedan escritas en esta historia, dejando las que se pudieran contar en esta materia, referiremos aquí otras algunas diferentes en que nuestro santo Patriarca se ha mostrado muy favorable con sus devotos. Una de las familias más principales y nobles de Guatemala fué siempre singularmente devota del Santo; sucedió, pues, el año de 1616, que el caballero que era cabeza de la familia, cayó enfermo, y ya de peligro así por el rigor de la enfermedad que lo había cogido mucho, como por la edad del enfermo: viéndose en este aprieto pidió le trajesen una imagen de San Ignacio; traída, se encomendó con mucho afecto su devoto: al punto sintió notable mejoría, y cobrando breve y entera salud, la primera salida que hizo fué á nuestra casa á rendir las gracias á nuestro santo Padre por la milagrosa salud que por su intercesión había recibido.

Suceso también y favor milagroso fué el que usó nuestro bienaventurado Padre con sus hijos que, aunque en frutos temporales, fué patente milagro y prueba del cuidado paternal que, como Padre, tiene de su sustento. Este lo tenían nuestros Religiosos del Colegio de Guatemala, de una hacienda en que se siembra y beneficia la yerba de que se saca la tinta del añil que es muy estimada en la Europa y las Indias, y es fruto particular que se saca y beneficia en esta tierra y de que ella se sustenta. Esta tierra es infestada y perseguida de la langosta que la apetece, de suerte, que algunos años la viene buscando volando por el aire á nubadas, ó como nubes que cubren el sol, y si se asientan y dejan caer sobre alguna haza ó sementera de la dicha yerba, totalmente la deja destruida y arrasada. Sucedió, pues, el año de 1622, que estando dos Hermanos nuestros en la hacienda del Colegio de Guatemala, duró por tiempo de tres días ir pasando la langosta á nubadas (que así las llaman en aquella tierra), y la víspera del día de nuestro Padre San Ignacio, una de estas nubadas se dejó caer sobre nuestra sementera, con tanta fuerza, que no fué posible espantarla ni hacerla levantar de las macollas y matas que quedaron cubiertas de esta plaga. Desesperados los Hermanos de remedio humano, se acogieron al divino, y uno de ellos, hincándose de rodillas, dijo afectuosamente: «Padre San Ignacio, hacienda es ésta de vuestros hijos; en

verdad que si ésta les falta, no sé qué han de hacer para sustentarse; favorecednos;» y con esto fuéronse á casa. A la mañana volvieron, no con esperanzas de remediar el daño, sino á ver cómo había quedado la yerba, que en semejantes casos queda tan destrozada, que sólo quedan las varas limpias y blancas; hallaron que toda la langosta se había ido á los árboles cercanos y allí había hecho el daño, dejando descascaradas las ramas que sólo quedaron, y la yerba de añil tan libre de daño, que con cuidado anduvieron buscando por toda ella algún rastro de haber caído sobre ella la langosta, y no la hallaron sino sana y entera, atribuyendo á nuestro glorioso Padre este beneficio que sus hijos recibieron; pues pudieron beneficiar la yerba y sacar la tinta que fué menester para sustentarse el Colegio. Y por ampliación de este milagro, podemos añadir que en muchos años después que él sucedió, se vió libre la Provincia de Guatemala de la plaga, que muchas veces padecía, de la langosta; que parece que por todos esos años la dejó desterrada de estos países nuestro glorioso Patriarca San Ignacio.

Y baste lo escrito hasta aquí de nuestro Colegio de Guatemala, para que se entienda de cuánto servicio de Dios Nuestro Señor y beneficio espiritual de las almas haya sido su fundación; pues hasta hoy se ejercitan sus ministerios con la misma abundancia de frutos que con la gracia divina siempre se gozaron, y sólo añadiremos en los capítulos siguientes las vidas de algunos varones ilustres en religión y ejemplos de santidad de este Colegio, y que por medio de sus dichas muertes, dejaron grandes prendas de haber ido á gozar de eterna gloria.

## CAPITULO IX.

VIDA DEL RELIGIOSO Y VENERABLE P. FRANCISCO DE ARISTA,  
QUE MURIÓ DE 84 AÑOS,  
HABIENDO VIVIDO LOS 70 DE ELLOS SANTAMENTE  
EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Entre los muchos varones que han resplandecido en grandes ejemplos de religión y virtud en nuestra Provincia de Nueva España, es muy señalado y tiene grande lugar el P. Francisco de Arista, varón verdaderamente perfecto y en todo género de virtudes consumado, en especial en las que son propias del espíritu é instituto de la Compañía, que con admirable uniformidad en tan prolongados años profesó. A que podemos añadir que parece que no reconoció en la tierra otro padre ni madre, porque aunque se entendió que había nacido en un lugar del Obispado de los Angeles y que sus padres fueron nobles, pero sus nombres ni el de su patria nunca se le oyeron nombrar. En la Compañía se ejercitó en todo género de ministerios, en el de predicar perseveró casi 60 años, pero en especial le llevó la afición el de confesar, y tanto, que era lo ordinario, aun los días que predicaba, en acabando de confesar subir al púlpito, y los demás días vivía en el confesonario como en celda de su descanso, sin que el ser Superior le divirtiese de este apostólico ministerio y ocupación. Este celo del bien

de las almas, junto con el ejemplo de sus virtudes, le granjeó tanto crédito y opinión de santidad en la ciudad de Zacatecas (donde fué Rector aun no siendo aquel Colegio más que casa de residencia), estimándole tanto por su raro ejemplo de virtud, que en toda aquella ciudad y minas era grande la atención que se tenía al parecer y doctrina del P. Francisco de Arista, recurriendo á él como á oráculo, y reverenciándole por su muy apacible y religioso trato y condición. Pero con todo, en puesto donde era tan amado, él suspiraba por volver á su antigua misión de Parras donde había trabajado muchos años, y habiendo salido por orden de la santa obediencia, habiendo acompañado al santo misionero el P. Juan Agustín (cuya vida escribimos en los «Triunfos de la Fe»), pidió al Padre Provincial Idefonso de Castro dejar el oficio de Rector y volverse á sus indios de Parras, llevado del amor que les tenía y ellos al Padre, á quien muchas veces venían á visitar y rogarle los volviese á ver á su tierra, y con su presencia y doctrina los consolase como antes.

En esta ciudad de Zacatecas se empleó en muchas obras del servicio de Dios y bien de los prójimos, componiendo muchas diferencias que entre los vecinos se ofrecieron, y aun entre el señor Obispo de Guadalajara y la religión de San Francisco, ocasionadas de competencia de jurisdicciones con el Vicario de aquella ciudad y el señor Obispo, remitió la composición de la causa al P. Francisco de Arista, la cual dispuso felizmente con satisfacción de las partes. Y lo que fué de más crédito de la religión y prudencia del Padre, es que, habiéndose ofrecido en la comarca de Zacatecas una causa secreta de mucha importancia, desde Roma, á pedimento de la parte, le remitió el Sumo Pontífice un Breve para que hiciese cierta averiguación acerca del caso, dándole comisión para que averiguado sentenciase la causa, como lo hizo, muy en servicio de Nuestro Señor, como lo mostró al efecto.

En la ciudad de Guatemala, donde vivió treinta años, no fué menor el crédito y opinión que se tuvo del P. Arista, pues el mayor encarecimiento para alabar á uno de perfecto é irreprochable en sus costumbres, era decir, es un Arista. Y no sólo tuvo este crédito en las ciudades principales de este reino, sino en los más apartados retiros de las misiones, las cuales gobernó y adelantó; siendo Rector de Guadiana y su Visitador y uno de los primeros que entraron á fundar la misión de Parras. Aquí, con ardiente celo, enarbó el estandarte de la fe, y debajo de él alistó innumerables gentiles, trocando sus costumbres bárbaras en prácticas cristianas. En este glorioso empleo perseveró entre estas naciones por tiempo de diez y seis años, padeciendo gravísimos trabajos y necesidades. Aquí también le consoló Dios Nuestro Señor con mostrarle al dichoso mártir, P. Hernando de Tovar, el cual fué muerto á manos de apóstatas tepahuas (siendo actualmente súbdito del P. Arista, y habiendo ido por su orden á pedir limosna para aquella casa, en el camino le mataron), y le aseguró de la gloria que gozaba por medio de su violenta muerte, como lo referimos en la historia de nuestras misiones y «Triunfos de la Fe.» Viendo á las singulares y aventajadas virtudes que resplandecieron en este religiosísimo Padre, una fué la rara modestia y paz de su alma, sin que sucesos adversos ni aun propias injurias la turbasen; y bastara para testimonio de esto, lo que le sucedió en un acto literario

con un religioso grave, que habiendo convertido todo el ardor y voces de su argumento contra el P. Francisco Arista, diciéndole palabras tan pesadas que lastimaban é irritaban el auditorio, sólo el Padre ofendido las oía con tal serenidad y modestia, que retornando humildes y apacibles razones al Religioso, le dejó no menos confuso que edificados á los oyentes. Su recogimiento y clausura en la celda fué tan rara, que sólo salía de ella á lo muy preciso y necesario; su pobreza tan singular, que los Superiores se valían de industrias para que admitiese aun lo que le era muy necesario; jamás usó aquí en su pobre cama de sábanas, ni se pudo recabar que las admitiese en su vejez ni en sus enfermedades; sólo usaba de un jergoncillo tan vil y duro, que más parecía tabla de penitencia que cama de descanso; su almohada era de sayal burdo, y á la aspereza de esta cama añadía el dormir siempre vestido sin que jamás se desnudase, ni aun en el tiempo de su enfermedad última. En las alhajas de su aposento no menos resplandecía su religiosa pobreza: la más preciosa alhaja fué una cruz de madera basta, y fuera de ella unos pocos libros de devoción, que eran su compañía y entretenimiento; su sustento tan parco, que merecía nombre de ayuno riguroso y sólo ver que vivía, hacía creíble que fuese suficiente para conservar la vida. Jamás en su aposento admitió cosa de regalo ni aun en los dos años últimos de su vida, en que padecía repetidos desmayos su edad anciana y enflaquecida. Esta continua abstinencia y rigurosas penitencias, fueron el firme muro con que conservó toda su vida la preciosa joya de la virginidad, con tanta integridad y pureza, que en su presencia no había quien se atreviese á decir palabra que desdijese de ella, y si era forzoso referir algún caso de los que en el mundo suceden de esta materia, luego su honestidad sonrosaba sus mejillas y sacaba los colores al rostro, y divertía la plática con singular destreza y gracia. Virtud fué ésta tan amada y procurada del P. Francisco de Arista, que no menos la debió y adquirió con su mortificación, que con el cuidado y atención con que siempre vivió de no tener rato ocioso, pues aun cuando caminaba en las misiones ó de unos Colegios á otros, guardaba en cuanto podía la distribución religiosa de su aposento. Donde quiera que se hallaba y en la soledad de las misiones, acudía á los ejercicios espirituales de oración, Misa, exámenes y otras devociones, como si estuviera sujeto á la más regular campanilla y observancia de un noviciado.

Su estudio fué tan continuo y prolijo, que el tiempo que le vacaba de ministerios lo empleaba en los libros, gastando seis ú ocho horas en esta ocupación tan provechosa y loable, y como tan estudioso y docto, dispuso una obra dividida en varios tomos intitulada «Arbol de todas las Ciencias,» aunque no se dió á la estampa. En la virtud de la santa obediencia, que tanto se profesa en la Compañía, como muy hijo de ella, fué tan exacto y puntual, que al primer toque de la campana no sólo guardaba la regla de dejar lo que entre manos tenía, sino que por muchos años, en cualquier parte de la casa que oía hacer señal á examen, allí, quitado el bonete é hincado de rodillas, lo hacía, perseverando en esta postura hasta que tocaban al refectorio. Si bien después le ordenaron los Superiores, que por evitar la singularidad se recogiese en este tiempo á su aposento, y el humilde Padre se rindió á lo que se le ordenaba. Al ejercicio de la oración y trato con Dios fué tan aficionado, que se puede decir que toda su vida fué una oración

continua. En los cuatro ángulos de su aposento tenía algunas imágenes muy pobres de santos de su devoción, y cuando había acabado el examen de la noche, se hincaba de rodillas por espacio de una hora en cada ángulo, para encomendarse con Nuestro Señor por medio de aquellos sus devotos y patronos. En este trato frecuente con Dios, granjeaba el Padre el caudal grande de virtudes con que resplandecía en las ocasiones. Tal fué el caso, demás del que arriba dijimos, en que se ejerció su paciencia superior con un súbdito suyo de condición y natural recio y rebelde; falta porque, en fin, fué despedido de la Compañía. Este tal sujeto, con ocasión bien leve y delante de la comunidad, prorrumpió en palabras coléricas é indecentes contra el venerable Padre, sin que el respeto que se le debía por anciano, santo y superior, templase el ardor de su destempe y enojo; oyóle el P. Arista con admirable reporte, respondiéndole con grande mansedumbre. Un Padre de casa le dijo que castigase aquella culpa por haber sido pública y escandalosa, y en que no solamente había ofendido su persona sino vulnerado la dignidad del oficio. Respondió que él no sabía de aquellas distinciones ni metafísicas, ni atinaba en esta ocasión distinguir la persona del oficio, porque de ordinario (añadió) en estas metafísicas y precisiones, pueden mezclarse venganzas físicas y reales; bien denotan estos tales ejemplos de virtud, la grande paz y pureza de su conciencia. Un Padre que vivió en su compañía algunos años (y cuando ya eran sesenta los del P. Arista), depuso con juramento, que habiéndole oído de penitencia de toda su vida hasta aquel tiempo, juzgaba por aquella confesión que no había cometido culpa grave, ni perdido la gracia bautismal en toda ella. Con tan insignes virtudes, no sólo arrebatava los corazones del vulgo, sino las estimaciones de la Real Cancillería, Señores y Obispos, los muchos años que estuvo en Guatemala, reconociéndole todos por Padre y venerándole como á santo. Singularizóse en estas estimaciones el Ilmo. Sr. D. Fr. Juan de Sandoval y Zapata, ejemplar de Prelados, que solía decir moriría contento si el Señor le concedía tener á su cabecera al Padre Arista á la hora de su muerte. Cumplióle Dios estos deseos, y algunos días después, por varias circunstancias que acaecieron, se coligió claramente que el alma de aquel ejemplar Prelado estaba en el purgatorio, y que Nuestro Señor libraba su descanso en las oraciones del P. Arista.

Adoleció, finalmente, el venerable y anciano Padre de un catarro, habiendo vivido hasta los 84 años de su edad, y cuando todos le animaban y daban esperanzas de vida, él se aseguraba la muerte como si tuviera ciertos anuncios de su tránsito á otra mejor vida. Finalmente, quiso Nuestro Señor sacarle de una tan larga aunque santa peregrinación y llevarle á descansar á su verdadera patria, y dar á tan esclarecidos méritos la corona; y así, recibidos los santos Sacramentos, y enteros todos sus sentidos hasta que expiró, con grande paz dió el alma en manos del Señor, que para tanta gloria suya la había criado. Año de 1649. Apenas se supo en la ciudad su muerte, cuando toda ella se conmovió á devoción y ternura, y como era tanta la fama de su santidad, experimentada de todos por tantos años, fué notable el concurso que vino á venerar su cuerpo, besándole las manos y pies, procurando por reliquias sus uñas y cabellos, ya que su pobreza no dejaba otras prendas que poderles repartir. El Ilustrísimo Prelado D.

Bartolomé González Soltero, íntimo amigo del Padre, no sólo asistió á su entierro, sino que hizo convidar á todas las Religiones, ambos cabildos y nobleza de la ciudad; y el Dean de la Iglesia Catedral hizo el oficio con la capilla de músicos de ella; honrando Dios en la muerte á quien tanto se humilló en su vida. Murió el año de 1649, teniendo 84 de edad y habiendo vivido santamente, como habemos dicho, los 70 de ellos en la Religión, y los 50 en el grado de profeso de cuatro votos. Está enterrado en la Iglesia de nuestro Colegio de Guatemala, que con su santa vida y muerte habia honrado tanto.

## CAPITULO X.

### VIDA Y MUY FERVOROSAS VIRTUDES Y DICHOSA MUERTE DEL P. SEBASTIÁN DE CHIECA, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Aunque la vida de este insigne y religioso Padre fué breve, pero de aquellos de los cuales celebró el Espíritu Santo que en breves años vivieron muchos, porque los frutos de una prolongada vida la redujeron á breve compendio: *Consummatus in brevi explevit tempora multa.* Hacémoslo aquí de la vida de este santo varón, y de los esclarecidos ejemplos de religión que dió en los breves años que vivió en ella. Entró en la Compañía en la Provincia de Andalucía, donde tuvo su noviciado, y después cursó sus estudios con tanto ejemplo de virtud y celo de emplearse en bien y ayuda de las almas, que en habiendo oído no más de dos años de Teología, anticipadamente (contra el uso de nuestra Compañía) fué ordenado de Sacerdote; y aunque le convidaban á que después de ordenado cursase los dos años que le faltaban para poder tener el grado de profeso de cuatro votos, que es el supremo en nuestra Religión, el muy humilde Padre, que en el amor de esta virtud fué muy señalado, y por otra parte, estaba muy tocado de la mano de Dios para emplearse en la ayuda de los prójimos, con mucho consuelo suyo se quiso quedar en el grado de coadjutor espiritual de nuestra Compañía. En este tiempo, volviendo de Roma el P. Nicolás de Arnaya, que había ido á ella por Procurador de nuestra Provincia de Nueva España, y llegado á Sevilla, se le ofreció el P. Sebastián de Chieca para pasar con él á las Indias el año de 1616 en compañía de otros muy buenos sujetos que venían á ellas para emplearse en sus gloriosas misiones. El Padre Procurador (que juntamente venía nombrado por Provincial de la Nueva España), teniendo noticia de la gran virtud y religión del sujeto, aceptó la oferta, y el P. Chieca se embarcó con los demás compañeros. En la navegación, que fué muy trabajosa y peligrosa, era un continuo ejemplo de virtud á los que iban en el navío. Llegaron al fin del año de 1616 al Colegio de México, donde desde luego fueron tales los resplandores de virtud y celo del bien de las almas del Padre, que todos le reconocieron y respetaban por santo. Su oración y mortificación era grande. Sus disciplinas

y cilicios continuos; dormía en tablas y usaba otras asperezas semejantes. A la oración de la mañana, añadía los ratos que las ocupaciones le daban lugar á la tarde, y siempre delante del Santísimo Sacramento con tanto tesón y perseverancia, que causaba edificación con su ejemplo. Y no dejaré de decir aquí el que á mí me dió de humildad este siervo de Dios y del celo del bien y salvación de las almas, de que venía prendado desde España; porque habiendo yo acabado de llegar á México de la Provincia de Sinaloa y sus misiones, á tratar con los Superiores y con el Virrey, que se diesen ministros que entrasen á la conversión de una nueva nación, que pedía el santo Bautismo; y sabiéndolo el P. Chieca se vino á mí, y arrodillado con singular demostración de humildad (aunque yo no era el Superior que había de disponer en esta materia), me pidió que intercediese para que él fuese uno de los que se señalasen para esta empresa. Yo hice diligencia para llevar á las misiones un varón en quien reconocía un celo apostólico, aunque no conseguí mi intento; lo uno, porque los Superiores se inclinaban á que, pues no tenía más de 27 años de edad, acabase de oír los dos que le faltaban de Teología; y lo otro, porque el sujeto era apto para otro cualquier ministerio que se ofreciese en la Provincia; con que en esta ocasión se hubo de quedar, pero siempre muy humilde y contento de servir en ella en el grado de coadjutor espiritual, imitando en eso otros varones insignes en nuestra Compañía que se quedaron en este grado.

Por este tiempo había poco que se había fundado nuestro Colegio de Guatemala, de donde se pedía un sujeto que con su fervoroso espíritu ayudase en aquella fundación y que trabajase en los ministerios de nuestra Compañía, de predicar y confesar en los grandes concursos que á nuestra Iglesia acudían; se juzgó ser muy á propósito el P. Chieca, y que su grande fervor haría mucho fruto en este puesto. Fué despachado por la santa obediencia, llegó á esta ciudad, y aplicándose desde luego á los ministerios de la ayuda de las almas, (que eran sus continuos deseos) las primeras muestras que de su grande virtud dió fueron de humildad, huyendo con muchas veras de cosas de honra y ostentación; y así, rehusaba de predicar sermones graves que le ofrecía el señor Obispo, y sus ansias eran por el confesonario; aunque estuviese achacoso ó muy cansado, nunca había repugnancia á este ministerio, sino que aunque fuese á cualquiera hora de la noche salía con gran diligencia y hablaba con tanto espíritu á los penitentes, que los encendía en el cuidado de su salvación notablemente; y así, de muchas leguas le venían á buscar, y no sólo seglares, pero aun Clérigos y Religiosos, y todos, no acababan de encarecer el talento que Dios le había dado para la cura y remedio de las almas. También mostraba su humildad y celo, en el gusto y cuidado con que enseñaba á los niños y gente de servicio la Doctrina Cristiana; gastaba en esto muy largos ratos con notable edificación de toda la ciudad y gran consuelo de los que tenían hijos, á los cuales enviaban á casa para que el Padre los enseñase. Nunca tenía rato ocioso; siempre estaba, ó leyendo, ú orando, ó tratando con los prójimos de cosas de Nuestro Señor, con tan grande fervor, que á veces se encendía en él, y con grande espíritu y celo había prorumpido diciendo: «¡Oh, quién sirviese á Dios!» «¡Oh, quién se salvase!» y otras exclamaciones de esta calidad, con que movía los corazones. Cuidaba mucho del culto divino, hasta ir él mismo á poner los frontales y aderezar el altar, solicitando, que cuantas

limosnas nos daban, se aplicasen á la sacristía. De la Virgen Santísima Nuestra Señora era devotísimo, y así, procuró recoger algunos Clérigos y estudiantes de buenas voces, con que dispuso una buena capilla para que cantasen todos los sábados en la tarde la Salve, á que acudía mucha gente de la ciudad; y habiendo de ir una vez á una misión, dejó encargado con muchas veras que no se dejase caer lo de las Salves porque no decayese la devoción de la Virgen. Su recogimiento y clausura era tal, que no había para él mayor muerte que salir fuera de casa si no era á ministerio forzoso, y en acabando, luego, sin dilación alguna, se volvía. Hizo tres misiones á diversas partes fuera de esta ciudad y en todas dejó gran nombre y fama de santidad; y en confesiones le sucedieron casos muy raros, que se dejan de referir aquí por particulares razones. En la obediencia era exactísimo, acudiendo á cada menudencia á pedir licencia, con más humildad y sujeción que si fuera novicio, y tan rendido, que cuando estaba enfermo y con grande hastío y desgana que no podía pasar bocado, en diciéndole el Superior: cómo vuestra reverencia un bocado, hacía cuanto podía por pasarlo. La enfermedad última de que murió fué una fiebre ardiente, tan grande, que dentro de nueve días le acabó, disponiéndose muy bien para aquel trance. Recibió los santos Sacramentos con mucha devoción y ternura, mostrando muy á menudo con grandes ansias el deseo que tenía de ver á Dios y de irle á gozar; y sus pláticas, en el tiempo de su mayor aprieto, con unos y otros, eran estas. No quedó hombre en la ciudad que no le volviese á ver y pedirle su bendición, hincándose de rodillas para recibirla, que tal era el concepto que habían hecho de su santidad; lloraban todos como si cada uno perdiese su padre, estando él con mucha paz y serenidad de ánimo; y no era maravilla, porque poco antes de su enfermedad, dijo, andaba pidiendo á Nuestro Señor le llevase para sí el día de su santo nacimiento. Cumplióle Nuestro Señor su deseo á este su siervo, y si no el mismo día, á lo menos la noche siguiente pasó de esta vida mortal á la eterna, año de 1618. Doblaron en la Catedral en sabiendo su muerte y en los conventos de las Religiones que aquí hay; y queriéndole enterrar por la mañana, lo impidieron los curas de la Iglesia mayor pidiendo al Superior querían ellos hacer el entierro á la tarde, en significación del amor que al Padre tenían, y así lo pusieron en ejecución. Vino toda la clerecía de la ciudad y las Religiones, y tanta gente de hombres y mujeres, que no cabían en la Iglesia; y así, los más de los hombres se quedaron en el patio de nuestra casa; y lo que más admiró, fué el general sentimiento que todos hicieron y las muchas lágrimas que por la falta de este siervo de Dios se derramaron. Otro día vinieron á cantarle la Misa los Padres de San Francisco, por mostrar el amor que al Padre y á los de la Compañía tienen. Fué su muerte el año de 1618, y dos después que había venido de España, y á los 28 de su edad, pero muy llenos de fervorosas y santas virtudes, merecimientos y premios que fué á gozar. Algunos procuraron haber algunas reliquias suyas, por particular devoción y veneración.